

JAVIER PÉREZ

VIOLÍN  
NEGRO  
EN  
ORQUESTRA  
ROJA★

LXI PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

algaida



La novela *Violín negro en orquesta roja*, de Javier Pérez, resultó ganadora del LXI Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Ayuntamiento de **Valladolid**



Primera edición: 2015

© Javier Pérez, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-175-7

D.L.: SE. 85-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Al barquero de la laguna Estigia,  
por si no lleváramos monedas.*



# ÍNDICE

## I PARTE

I .....	19
II .....	25
III .....	33
IV .....	41
V .....	53
VI .....	61
VII .....	67
VIII .....	75
IX .....	85
X .....	91
XI .....	97
XII .....	107
XIII .....	111
XIV .....	117
XV .....	121
XVI .....	125
XVII .....	129

XVIII .....	137
XIX .....	141
XX .....	147
XXI .....	155
XXII .....	163
XXIII .....	169

## II PARTE

I .....	181
II .....	191
III .....	199
IV .....	205
V .....	211
VI .....	217
VII .....	223
VIII .....	227
IX .....	233
X .....	239
XI .....	249
XII .....	255
XIII .....	261
XIV .....	267
XV .....	275
XVI .....	281
XVII .....	285
XVIII .....	289
XIX .....	295
XX .....	303
XXI .....	309

### III PARTE

I .....	321
II .....	331
III .....	341
IV .....	347
V .....	353
VI .....	357
VII .....	361
VIII .....	365
IX .....	369
X .....	373
XI .....	381
XII .....	385
XIII .....	389
XIV .....	393
XV .....	399
XVI .....	401
XVII .....	405
Epílogo .....	411
Enigma .....	415
Agradecimientos .....	417





I PARTE  
Agosto de 1936



DICE SOLZHENITSYN EN SU *ARCHIPIÉLAGO GULAG* QUE fue cerca de Moscú, pero otros cuentan que fue en Kiev, y otros sitúan los hechos en Lugansk.

El caso es que se estaba celebrando una conferencia de distrito del Partido y la presidía el nuevo secretario del Comité Regional, justo después de que su antecesor fuese encarcelado. La conferencia concluyó con una resolución política de apoyo a las directrices del camarada Stalin.

Como era de esperar, todos los asistentes se pusieron en pie y prorrumpieron en aplausos para que la resolución no se aprobase por unanimidad, sino por aclamación. La ovación fue tremenda.

Tres minutos, cuatro minutos, cinco minutos, y el aplauso seguía manteniendo su energía, aunque comenzasen a doler las palmas de las manos y a entumecerse los brazos. A los siete minutos, los mayores comenzaban a quedarse sin aliento.

Seguramente la mayoría pensaba que aquello era una estupidez, ¿pero quién sería el primero que se atre-

vería a parar? Quizás hubiese podido hacerlo el nuevo secretario del Comité Regional, que estaba en la tribuna y acababa de dar lectura a la resolución, pero él ocupaba el puesto de un tipo al que acababan de encarcelar por falta de entusiasmo. ¡Y en la sala había miembros del NKVD aplaudiendo de pie, y controlando quién paraba primero!

Así que los aplausos siguieron. Ocho minutos. Diez minutos. ¡Ya no había remedio! ¡Estaban perdidos! ¡Eran hombres muertos! ¡Ya nadie podría parar hasta que se derrumbase de un ataque al corazón! Los del fondo por lo menos podían simular que aplaudían, pero en las primeras filas no había modo de escaquearse.

Diez minutos.

El director de la fábrica de papel de la ciudad miró a su alrededor viendo cómo podía pararse aquello, pero no encontró ningún aliado. Estaban todos dispuestos a aplaudir hasta que los tuviesen que sacar de la sala en camilla.

En el minuto once, el director de la fábrica de papel sonrió a los presentes, dio las gracias, y ocupó su asiento en el estrado. Así se produjo el milagro: todos dejaron de aplaudir y volvieron a sus sillas.

Parecía que todo se había arreglado, pero era justamente lo contrario: así es como se ponen en evidencia los hombres independientes. De esta manera los eliminan.

Aquella misma noche el director de la fábrica fue arrestado. Lo condenaron a diez años por cualquier otro motivo, y cuando aceptó su sentencia, el juez que lo condenó le dijo:

—¡Y nunca sea el primero en dejar de aplaudir!  
Mala suerte, compañero. El engranaje de la estupidez tiene los dientes muy duros.



## I

—**L**OS QUE SE DEJAN LLEVAR POR LA CORRIENTE van siempre hacia abajo —dijo Göring con gesto irónico.

—De acuerdo. ¿Pero quién convencerá al agua de que suba las escaleras? —repuso Hitler.

El Führer había hablado y todos callaron. Por lo común era él quien trataba de encender los ánimos del resto, tachando de derrotista a quien opusiera argumentos materiales a sus arranques de voluntarismo, pero aquel día prefería ser la voz de la prudencia. Ya no se trataba de ensayar discursos, sino de enfrentarse a los hechos: en España se acababa de desatar la guerra y todos sabían que ese era sólo el prelude de lo que vendría luego.

—Era inevitable —recapituló Ribbentrop, que gozaba de la simpatía de Hitler tras su triunfo al lograr firmar con los ingleses el acuerdo naval que permitía a Alemania reconstruir parte de su flota.

—Mejor ahora que más tarde —se sumó Göring—. Al menos ahora podremos saber cuáles son las intenciones de cada cual y jugar nuestras cartas en consecuencia.

Hitler se levantó de su asiento y comenzó a pasear por el salón, marcando con sus pasos el ritmo del silencio. Todos aguardaban lo que tuviese que decir, pero Hitler también dudaba. El Consejo de Ministros solía durar un par de horas, pero aquella mañana llevaban reunidos desde las ocho y ya eran casi las doce. Los asuntos nacionales habían ocupado los primeros cuarenta y cinco minutos y desde entonces sólo se discutía el laberinto internacional.

La situación era muy delicada para Alemania y no había una solución que pudiesen considerar buena. Tras el impago de las reparaciones de guerra impuestas por el Tratado de Versalles, las potencias aliadas, encabezadas por Francia y Gran Bretaña, estrechaban el cerco en torno al régimen nazi, amenazando al país con una nueva invasión como las que ya tuvieran lugar menos de diez años antes. Para los nazis era de vital importancia impedir que se repitiese aquella humillación, que daría al traste con toda su credibilidad ante la población, pero no contaban con armas ni mucho menos con un ejército preparado para enfrentarse a las fuerzas aliadas. Su debilidad era tan extrema que hasta temían un ataque preventivo por parte de Checoslovaquia, como advertían algunos informes de inteligencia.

Sin embargo, la guerra de España podía concederles el tiempo que necesitaban para incrementar su potencia militar, y sobre todo la ocasión de demostrar que el verdadero enemigo era el comunismo soviético, ansioso por extender la revolución proletaria a toda Europa.

—Los ingleses, sobre todo, no apoyarán a la República en España —aseguró Ribbentrop—. El caso de Francia es más complicado, pero creo que tampoco pasarán de las



buenas palabras. Temen la victoria de Franco, que puede fortalecernos a nosotros, pero temen también la victoria de los republicanos, que ya no son tales, sino una amalgama de milicias revolucionarias y sindicales deseosas de echarse en brazos de Stalin. Para ellos, ningún bando es bueno.

—Para ellos ninguno es bueno, cierto. Pero lo importante es saber a cuál de los dos consideran peor, porque el escenario se repetirá en el futuro —apostilló Göring.

—Los ingleses, sin duda, detestan más la idea de una revolución. No olvidemos que Marx escribió sus tesis pensando en Inglaterra, su concentración industrial y sus masas obreras —repuso Ribbentrop.

—No lo creo —terció Hjalmar Schacht, ministro de Economía—. Los ingleses detestan la revolución o la apoyan según quien la haga. Y creo, señores, que los ingleses desprecian a los rusos y nos odian a nosotros. No pierdan de vista esa idea.

Goebbels tamborileó con los dedos sobre la mesa. Hasta ese momento había estado tomando notas y las había convertido en un esquema, como era su costumbre.

—Estoy completamente de acuerdo con el doctor Schacht. No debemos fiarnos demasiado del sentido del orden británico. Es cierto que temen a los rusos porque no quieren que Stalin extienda su revolución proletaria, ¿pero qué demonios producen los rusos? Los ingleses detestan por encima de todo la competencia, que les hace perder dinero. Si hay una revolución pueden lanzar su ejército contra ella, pero no es tan fácil luchar contra la competencia de nuestras fábricas, que producen más y mejor que las suyas, y eso seguramente los inducirá a ir a

la guerra contra nosotros y no contra los rusos. La única ideología de los ingleses es el enriquecimiento y por eso les estorbamos más nosotros que los soviéticos.

—Inglaterra es, en cierto modo, un país hermano —trató de suavizar Hitler.

—Los ingleses son sólo hermanos de su billetero y padrastros de lo que puedan saquear —insistió el ministro de Propaganda—. En cuanto a España, y para mantenerlos calmados por un tiempo, creo que hay que aprovechar la ocasión. Mi opinión es que, en el actual estado de las cosas, debemos intervenir en España para demostrar que somos un freno contra el comunismo.

—¿Y qué tal si nos olvidamos del asunto y demostramos así que nuestra prioridad es la paz? —propuso Hess, siempre conciliador.

Hitler hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tú entiendes paz, pero ellos entenderán debilidad —sentenció—. La cuestión es que los aliados quieren utilizarnos como punta de lanza contra los soviéticos, y Stalin espera, entre tanto, que nos enfrentemos a Francia e Inglaterra para poder lanzar luego su ejército a la conquista de Europa entera. Los aliados de Versalles y los soviéticos son enemigos irreconciliables, pero nosotros estamos en medio. Si participamos en la guerra de España, queda claro que nos ponemos en contra de los soviéticos... ¿Nos interesa semejante opción cuando son los soviéticos los únicos que están apoyando nuestro rearme?

—En contra de los soviéticos, sí, pero no de parte de británicos y franceses —matizó Goebbels—. Tanto los rusos como los aliados apoyan, en teoría, a la República. Los

rusos por razones ideológicas y los aliados por esas tontearías de la legitimidad democrática que tanto les gusta pregonar y que tan malamente aplican en sus colonias. Apoyar a Franco supone, en realidad, enfrentarse directamente con los rusos haciendo el trabajo sucio a los aliados, que no quieren, ni locos, que en España venzan las milicias comunistas. Porque se trata, en realidad, de una guerra entre milicias comunistas y un ejército nacionalista. Venza quien venza, la democracia no volverá. Y lo saben.

—Pero vayamos a lo que importa: yendo a España, ganamos tiempo —sentenció Göring.

—Los aliados no vendrán contra nosotros mientras les sacamos las castañas del fuego en España —se sumó Ribbentrop.

—El peligro está en que nos ataquen los rusos —advirtió Hess.

Goebbels negó con vehemencia.

—Stalin no renunciará a la idea dearnos como ariete contra las potencias occidentales. España es una pieza demasiado lejana para él como para jugarlo todo a esa carta. Hagamos lo que hagamos en España, Stalin esperará a que se desate la guerra entre nosotros y los aliados. Y esa guerra es la que hay que retrasar todo lo que se pueda. Si ahora lanzan una invasión contra nosotros, como la de los años veinte, no podremos hacer nada para detenerlos. Incluso si los puñeteros checoslovacos nos atacan por el sur lo pasaremos mal.

Hitler se golpeó la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Iremos a España! —decidió.